

**Yegua de la noche**

La niebla me tapa el cielo y el suelo. El auto avanza silencioso en la ruta y dibuja fantasmas con las luces que chocan contra la humedad suspendida en la noche calma y misteriosa. Apagué la radio y solo escucho el andar del motor y mi propia respiración. No he cruzado a nadie desde hace un rato; la bruma se ha cerrado cada vez más y mientras el cuentakilometros va narrando su historia de números que pasan, me alejo de todo. Menos de mí. No hay forma de dejarme atrás. ¿Qué transporte me llevará lejos de mí? De pronto un extraño ruido me saca de la ensoñación. Unos golpes secos y repetidos que tardo en identificar; absolutamente inesperado, el galope me genera expectación y ansiedad. Si el caballo está en la ruta puedo chocarlo. Sin embargo, no conozco estas banquinas así que parar es peligroso también. Desacelero y prendo todas las luces, pero no veo nada, aunque el galope sigue. Claramente siento el choque seco contra la ruta aunque la niebla se cierra cada vez más y no veo al animal. Abro la ventanilla y el perfecto tamborileo se adueña de la noche y de mí. Sé que está detrás del auto, me persigue o está perdido. Sin terminar de resolver que hacer, acelero. Imprudente, ciego en la noche, paso de 40 a 60 kilómetros para alejarme del animal, seguramente extraviado en la espesa niebla y fascinado por la luz del auto. Me encuentro con una curva cerrada así que hago una maniobra muy poco elegante. Por suerte la ruta sigue vacía y no viene nadie de frente. Acomodo el coche en mi carril tocando la banquina, la niebla esconde el centro del camino que no está señalizado. Cuando vuelvo a prestar atención me doy cuenta que el galope sigue ahí. No sabía que un caballo puede correr tan rápido, pero lo que más me inquieta es que el ritmo del trote suena igual, parece que el equino no hubiera variado la velocidad. Acelero nuevamente, de 60 a 100 kilómetros. La niebla se cierra y el auto navega en este limbo de humedad. Algo aparece en medio del camino y lo golpeo sin poder siquiera pensarlo. No sé qué era

pero pedazos de cuero y sangre golpean contra el vidrio y vuelan tiñendo de rojo la neblina. Siento claramente que algunos pedacitos caen en el techo del auto. He dejado el volante quieto, así que no perdí en ningún momento el control. Prendo el limpiaparabrisas para sacar restos de carne y sangre adheridos al vidrio. Me doy cuenta que tengo el brazo izquierdo salpicado de carne con pelos, algo viscoso y, creo ver algunas venas arremolinadas en torno a una especie de coágulo oscuro. Completamente aturdido por la situación intento volver en mí pero empiezo a entender lo que escucho y eso me desbasta. Machacante, con la precisión anormal de un reloj, el sonido de los cascos contra la ruta me aterroriza hasta impedirme respirar. Mi cuerpo se ha paralizado, soy una roca al volante. Y entonces otro golpe me sacude. La sangre vuelve a regar el auto y a entrar por la ventanilla. Nuevamente he golpeado algo. Suelto el acelerador y dejo que el auto pierda velocidad de a poco. La noche y la niebla se condensan afuera. Cuando el coche se detiene abro la puerta y bajo. Apenas pongo los pies en el asfalto, desde la parte posterior del auto, como abriendo un telón de vapor, la yegua negra aparece ante mí. Se para y con sus gigantes ojos redondos, más oscuros que la propia noche, me observa. Parece que va a decir algo cuando la niebla empieza a desvanecerse. Las estrellas, ocultas hasta ahora, comienzan a mostrarse, algunas blancas, otras rojas y otras titilantes. Más allá está la luna, la fina y amarilla uña que apenas se levanta desde el horizonte plano y largo. Más abajo la ruta, que siempre estuvo ahí, ahora descubierta por los reflejos y las luminiscencias nocturnas. Toda la realidad revelada y ella, la yegua de la noche, una manzana caída del árbol de los sueños. Sin aviso, empieza a caminar y se aleja hasta desaparecer en la oscuridad. El sonido de sus pasos se pierde también y quedo solo, con la nueva noche y con mi viejo yo. Voy a subir al auto cuando veo mi sombra que se alarga en el camino. Las luces ya están sobre mí.